

de su producción, ha ido á buscarlo en los extranjeros. Así, en todas las empresas de ferro-carriles, tranvías, laboreo de minas y abastecimiento de aguas, en todos los empréstitos nacionales y municipales de España, Portugal, Italia y Rusia, hay empleada una considerable masa de capitales franceses, ingleses, belgas ó alemanes; y á Inglaterra va la riqueza de Francia y Alemania, y á Francia, la de Alemania é Inglaterra, y á Alemania, la de Inglaterra y Francia. No hay Estado que pueda alardear de independencia económica; todos están ligados con todos por el vínculo de los intereses, mucho más difícil de romper que el que antes anudaban mediante el matrimonio las familias reales. Y como la riqueza se espanta y huye al menor sintoma de guerra, á su influjo se debe el que tiendan á prevalecer las relaciones pacíficas entre los pueblos europeos. Entre Inglaterra y Francia, por ejemplo, la riqueza se halla tan íntimamente ligada, que las oscilaciones de la Bolsa de Londres se reflejan en la de París; la quiebra de una casa inglesa causa trastornos y desastres en los mercados de París, Marsella y Lyon, y una guerra entre las dos naciones arruinaría por igual á la vencedora y á la vencida. Por los negocios y por los intereses, es hoy casi imposible que estalle la discordia entre aquellos dos Estados, que antes casi nunca vivían en paz. Esta comunidad de intereses, al tiempo que afianza la tranquilidad, empuja á la unión. Ya se ha visto á las naciones asociarse para las grandes empresas: Italia y Francia, para la perforación del monte Cenís; Alemania, Suiza é Italia, para la del San Gotardo; Inglaterra y América, para el primer cable transatlántico. Esta tendencia á la unión, impuesta por la comunidad de los intereses materiales, irá siendo cada vez más frecuente y extensa, hasta que conduzca en no lejano plazo al establecimiento de la federación europea.

A la creación de intereses materiales ha acompañado la de los morales, á medida que se ha activado la comunicación entre los pueblos. Antes, el que viajaba por Alemania ó por Italia, era molestado á cada paso por esbirros aduaneros, de variados uniformes, que le registraban y volcaban sus cajas y sus baules; hoy, todas aquellas barreras han caído merced al *Zollverein* prusiano, á la reorganización del sistema aduanero en Austria-Hungría y á la reunión de Italia en un solo Estado. Antes, el viajero no podía ponerse en camino sin el correspondiente pasaporte, sujeto en las fronteras á sinfín de formalidades y derechos fiscales y que, al término del viaje, quedaba hecho un manchón negro, con los visos y timbres de los Estados civilizados; hoy, excepto Rusia y Turquía, se recorre Europa de punta á punta sin pasaporte. Por el tratado de Berna, de mil ochocientos setenta y cuatro, y el de París, de mil ochocientos setenta y ocho, se concluyó la *Unión postal universal*, á la que se han adherido casi todas las naciones civilizadas, así de Europa como de América; desde mil ochocientos cincuenta y cinco, Holanda, Bélgica, Italia, España, Portugal y Grecia han adoptado el sistema métrico, usado ya en Francia, y desde mil ochocientos sesenta y cinco, Bélgica, Suiza, Italia, Grecia, España y Ruma-

nía han aceptado el sistema monetario francés. Al tiempo que se han derribado estas barreras que separaban unos de otros á los pueblos europeos, se han ido multiplicando los vínculos de unión entre ellos. No se pasa día sin que una nueva línea telegráfica, un cable submarino, una vía-férrea ó una línea de vapores no venga á apretar la red de comunicaciones que envuelve á Europa. Esta rapidez y frecuencia de comunicaciones, que establece entre los Estados extremos de Europa unión más íntima que la existente antes entre comarcas vecinas de un mismo Estado, ha creado entre todos casi un mismo nivel de civilización, un mismo modo de pensar y de sentir, gustos, aspiraciones, costumbres, maneras y modas semejantes. La ciencia es una. Ya no trabaja el sabio aislado en su gabinete como antes, sino en continua correspondencia con sus compañeros del extranjero, mediante centenares de libros y revistas. Unas son también en el fondo, por su sentido ó su ideal, la literatura, las artes y las normas de conducta, al través de las diferencias superficiales que les imprimen la lengua ó el carácter de cada pueblo. Bien puede decirse que un mismo espíritu palpita en todas las corrientes de la vida de los pueblos europeos.

Tales han sido los pasos dados durante la décima-novena centuria en las relaciones internacionales. Al siglo vigésimo incumbe acabar de remover las pocas barreras que aún separan á los pueblos, hacer todavía más frecuentes y activas sus comunicaciones, acrecentar la masa común de riqueza, multiplicar el caudal común de bienes morales, fundar, en fin, la federación europea, que por la supresión de las aduanas y el general desarme, remediará el actual malestar de las clases trabajadoras y abrirá al desenvolvimiento de las actividades nacionales nuevos y amplísimos horizontes.

Esplendorosa es la civilización que el siglo décimo-noveno lega al vigésimo; pero no está exenta de grandes lunares. Triste condición de la vida humana la de ir siempre junto á lo positivo lo negativo, junto al mal el bien, junto á la luz las tinieblas. En ese colosal desenvolvimiento contemporáneo de la cultura, adviértese un gran predominio de la inteligencia sobre la voluntad y el carácter. Se ha trabajado por instruir al pueblo; no se ha pensado en educarle, y la instrucción, despertando apetitos de nuevos goces y satisfacciones, ha matado en muchos los sentimientos del deber y de la virtud. De aquí el haberse desarrollado, en los sencillos y felices pueblos del Norte más aún que en los del Mediodía, grandes vicios, verdaderos cánceres sociales, tales como el abuso de bebidas alcohólicas, la prostitución y el suicidio. Con todas sus sociedades de sobriedad y sus innumerables sectas religiosas, Rusia, Inglaterra y Alemania ocupan el primer puesto en el vicio de la embriaguez. En San Petersburgo, la población consumió, durante el año de mil ochocientos setenta y siete, aguardiente y cerveza en cantidad de un litro por habitante, adulto ó niño; la policía recogió aquel mismo año cuarenta y siete mil beodos en la vía pública, y se registraron cien casos de *delirium tremens*, producidos

por el exceso de alcohol. En Inglaterra se recogieron, en mil ochocientos setenta y seis, veintidós mil ochocientos ochenta y nueve beodos en la calle, y se contaron seiscientos sesenta y tres mil setecientos noventa y tres defunciones por embriaguez. Por el mismo tiempo, en las ciudades rusas se calculaba una taberna ó cervecería por cada ciento veinte habitantes; en las inglesas, por cada ciento treinta y cuatro; en las alemanas, por cada sesenta. Consumo tan enorme de cerveza y aguardiente hace que se forme triste idea del estado moral, de la dignidad personal de la masa del pueblo. La prostitución, si ha existido en todo tiempo, nunca alcanzó la generalidad que en nuestros días, ni ha causado los estragos que á diario presenciarnos. Respecto á los suicidios, en Sajonia ocurrieron, en mil ochocientos ochenta y uno, cuarenta y uno por cada cien mil almas, correspondiendo la mitad á las clases bajas; Francia, de cinco, por igual número de habitantes, que tuvo en mil ochocientos treinta, subió á quince en mil ochocientos ochenta, y de mil ochocientos setenta y seis á mil ochocientos ochenta, ha registrado doscientos treinta y nueve casos en menores de quince años. Además de estos vicios generales y comunes á todas las naciones, se han desarrollado otros especiales de cada una, como las corridas de toros en España, que han adquirido, de mil ochocientos setenta á mil novecientos, espantoso incremento, á ciencia y paciencia de los gobiernos.

Mas estos vicios son pequeños lunares comparados con el progreso inmenso, intelectual y moral que han realizado las sociedades europeas, y no cabe la menor duda de que se corregirán con los ulteriores adelantos de la cultura. Percatadas las clases directoras del predominio otorgado á la instrucción, al cultivo exclusivo de la inteligencia, trabajan en todas partes por imprimir á la enseñanza carácter educativo, que dignifique el sentimiento é inculque en el alma normas de buena conducta. Los Estados individualistas, encerrados hasta aquí en la función casi negativa de hacer cumplir el derecho, se van transformando en lo que por su naturaleza deben ser, órganos de la voluntad colectiva, obligados por ende á fomentar el bien público por todos los medios y en todas direcciones, y ejercer sobre el pueblo la tutela moral que en Roma ejerciera el Censor y en Atenas el venerable Areópago. La educación, creando buenas costumbres, y el Estado, reprimiendo los vicios, acabarán con las deficiencias que ofrece la actual civilización.

Si ahora, á la vista del inmenso progreso realizado en el siglo que acabamos de historiar, nos preguntamos cuál será la organización social y política de las naciones europeas y el grado de su civilización á fines del siglo vigésimo, imposible aventurar género alguno de respuesta. Si en la décimo-novena centuria se ha andado más que en las diez anteriores, ¡qué no se adelantará en la vigésima, contando con la gran base que le lega la precedente! Y así como no fué dado á los contemporáneos de Napoleón I vislumbrar ni por asomo la constitución actual de las naciones y la grandeza de nuestra civilización,

menos hemos de poder nosotros profetizar qué serán la constitución de las sociedades europeas y el grado de su cultura á fines del siglo vigésimo. Pero si nuestra vista no alcanza á ver nada en los extremos límites de horizonte tan dilatado, algo vislumbra acerca del estado inmediato que sucederá al actual. He aquí algunos rasgos que reputamos indubitables.

La riqueza se subordinará á la persona, que es la que la crea, tributándose á cada cual la consideración debida en razón de su talento y su virtud, y sin más que esto, reinarán en todo su esplendor la justicia, la igualdad y la libertad, que la instrucción redimirá del yugo de las pasiones y la cooperación de la tiranía del capital. El mayor grado de individualidad se hermanará con el grado máximo de solidaridad. La obligación de trabajar regirá igualmente para los ricos que para los pobres, y se reconocerá á estos el derecho al trabajo. La propiedad individual del suelo perderá el carácter absoluto que hoy tiene, y se facilitará más aún la circulación de la riqueza inmueble, para que ésta no se estanque en manos pródigas ó negligentes. La gran injusticia, acompañada de malversación de fuerzas, que se comete hoy dejándose sin educación á los hijos de los pobres, siquier sean portentos de talento, y proporcionándola cumplida á los ricos, con todo de ser incapaces, se irá corrigiendo gradualmente, y quizás se llegue, en el curso de la evolución, á realizar el ideal de que todos, ricos y pobres, reciban la educación adecuada á sus aptitudes, con lo que se economizará la sociedad lo que hoy malgasta en su vano empeño de hacer sabios de incapaces, y ganará las poderosas energías que representan los talentos que hoy se pierden en los campos. El movimiento de agremiación, que ha comenzado en varias naciones, en Austria-Hungría con carácter obligatorio, acabará por agrupar á todos los dedicados al trabajo manual en corporaciones de oficios, en algunos de los cuales, ya que no en todos, el sistema del salario será reemplazado, parcial ó totalmente, por el de la cooperación. A la organización de los oficios seguirá la de las profesiones, hasta que todas las actividades sociales queden clasificadas y ordenadas en razón de sus fines. La sociedad así organizada será el Estado, que diferirá profundamente del actual. Nada de soberanía: en vez de poderes, funciones; en vez de leyes impuestas por la fuerza del número, mutuos convenios. La asamblea nacional, única ó doble, será el órgano de la voluntad colectiva. Compuesta de delegados de las diversas profesiones y oficios, representará fielmente todos los intereses sociales, desde los económicos hasta los morales y políticos, que fomentará y armonizará en vista del mayor bien general.

A medida que esta evolución adelante en lo interior de las naciones, irán éstas aproximándose unas á otras, hasta unirse en federación continental. Esta federación será de suma transcendencia en el bienestar material y moral de las sociedades. En lo que al material respecta, baste citar sus dos resultados inmediatos: el desarme de los ejércitos

nacionales, y la supresión de las aduanas. De los tres millones seiscientos mil hombres que hoy tienen sobre las armas las naciones europeas y cuyo sostenimiento cuesta al año cuatro mil quinientos millones de pesetas, podrán licenciarse y devolverse al campo ó al taller tres millones, disminuyéndose el gasto anual en tres mil ochocientos cincuenta millones. Si á esta cantidad agregamos la que representa el trabajo de tantos miles de brazos, la economía anual ascenderá á la enorme suma de siete mil quinientos millones. De los beneficios que reportará la supresión de las aduanas nacionales, puede juzgarse por los que reportó la supresión de las señoriales al constituirse las monarquías absolutas. Fijémonos solamente en la desaparición de los derechos protectores, que no perjudican tanto por lo que tienen de privilegio á favor de la clase productora y en perjuicio de los consumidores, cuanto por la violenta situación en que colocan á las naciones, obligando á cada una de ellas á producir mal y caro lo que las otras le ofrecen de buena calidad y á precios bajos. ¡Qué no aumentará la riqueza y cuánto no se abaratará la vida, el día en que los pueblos puedan dedicarse á producir los artículos para los que cada uno reúna condiciones más ventajosas!

A esta inmensa suma de bienes materiales, hay que añadir los morales que resultarán de la íntima comunicación entre naciones de distintas religiones, ideas, sentimientos y costumbres. Centenares de prejuicios y supersticiones, exclusivismos de nación y de raza, suspicacias religiosas, todos los vestigios de los estados inferiores de cultura y que la nación no ha podido extirpar, serán ahora fundidos al calor de concepciones más elevadas y de afectos más puros. De la unidad y fraternidad nacionales, se pasará á la unidad y fraternidad continentales. Esta evolución recuerda, por su grandeza, la que se efectuó al fundarse el Imperio romano, con la diferencia de que aquella fué inorgánica y ésta será esencialmente orgánica. Porque las naciones, al unirse en federación continental, conservarán toda la independencia que corresponde á su naturaleza; pero al mismo tiempo, depondrán el absolutismo de que hoy hacen gala, devolviendo á las provincias y municipios las atribuciones de que por razones históricas las despojaron. Enlazadas todas estas sociedades por relaciones de coordinación y subordinación, la federación será un sistema eminentemente orgánico, débil para avasallar á las naciones, bastante poderoso para mantener entre ellas la paz y el reposo.

La federación europea preparará la intercontinental, hacia la que se está ya caminando. La expansión colonial de las grandes potencias en el período contemporáneo, junto á lo que en este terreno se había efectuado antes, desde el siglo décimo-sexto, ha hecho entrar en el radio de acción de la civilización europea las dos Américas, Australia, los archipiélagos oceánicos, la mayor parte de África, cerca de la mitad de Asia, y en todas partes se han fundado nuevos Estados de sangre española, portuguesa, inglesa, francesa, holandesa, alemana ó rusa. Hoy, el europeo considera ya como dominio suyo todo el

Universo, y en su mente surge la idea de una solidaridad entre todos los pueblos, sean de raza blanca, amarilla, negra ó cobriza. El derecho de gentes, limitado antes á los pueblos de la Europa cristiana, tiende á extenderse á todas las fracciones del linaje humano. Los turcos forman parte integrante del concierto europeo, y los persas, chinos, japoneses, coreos, siameses, howas y marroquíes envían y reciben embajadores, firman tratados de amistad y de comercio, observan sus cláusulas é invocan sus garantías. Más ó menos respetado, existe un derecho de gentes que rige las relaciones entre todas las naciones, así en tiempo de paz como de guerra. Todos estos síntomas inducen á pensar como ideal, aunque remoto aún, la formación de una federación intercontinental, que difundirá por toda la redondez de la tierra una civilización uniforme, aunque matizada con el peculiar carácter de cada pueblo, y establecerá entre todas las fracciones del linaje humano una fraternidad no meramente ideal, como la pensada hasta aquí, sino efectiva, sólida y permanente.

## FIN DE LA OBRA